

Claves para pensar una universidad de la fraternidad

Mtro. Manuel Antonio Silva de la Rosa¹

Marzo 2021

Introducción

La educación de la fraternidad no es un espacio aislado, fuera de las circunstancias que vive una sociedad fomentando una falsa ilusión de bienestar. Es más bien, un devenir creativo e incierto, sin una identidad sustancial fija e inmutable. Es devenir proteico y siempre desgarrado. La educación no está constituida solamente por la incrustación de ideas, teorías, certezas o conceptos, sino que habita en un mundo concreto. Es el sustrato de la convivencia, donde se crean tensiones, donde se elige, acoge y se reflexiona la vida en común. Esto quiere decir que la educación es un taller donde se va ensayando las distintas formas de vidas posibles. Es desde ahí que se afrontan preguntas inquietantes, se escucha con atención las llamadas de un mundo herido y se construye la fraternidad desde la sensibilidad ante los problemas que nos agobian.

El aprendizaje se inscribe en un mundo compartido. Son los demás, las cosas y el entorno los que hacen que comprendamos de cierta manera la vida cotidiana. Pero, al mismo tiempo, este mismo aprendizaje hace que lo desbordemos, nos invita a lanzarnos y arriesgarnos para poder comprender el mundo desde otro punto de vista. Para poder generar un aprendizaje desde la comunidad se necesita el coraje para poder escuchar el corazón inquieto del otro o de la otra que demanda e interpela nuestra manera de acoger el mundo. Y esto, siempre nos lanza a aprender a mirar desde otra perspectiva.

¹ Maestro en Filosofía y Ciencias Sociales en el ITESO. En la actualidad ejerce como profesor en la Universidad Iberoamericana de Puebla, en el Departamento de Humanidades de las siguientes asignaturas: Antropología Filosófica, seminario de Filosofía Contemporánea, Filosofía de la Cultura y Corrientes filosóficas de la educación. Además, es coordinador del Programa Universitario Ignaciano. Actualmente está cursando una especialidad en Memorias Colectivas, Resistencias y Derechos Humanos en CLACSO. manuelantonio.silva@iberopuebla.mx

Esto quiere decir, que no existe un solo camino para comprender lo que nos acontece. Somos sujetos sensibles con capacidad de captar la realidad de múltiples formas. Nuestra existencia depende de nuestra manera de estar en la vida. No existe una forma de vivir, sino que hay múltiples maneras de estar en el mundo inscrito. Yo aprendo cuando salgo de mi misma manera de ver el mundo y exploro otra forma de acogerlo. Es así, que mi manera de aprender va a estar en manos de mi manera de mirar y pensar desde otro punto de vista. Es desde este aprendizaje como aprendiz que le doy forma, junto con los demás, a los mundos que compartimos.

El actual Padre General de la Compañía de Jesús, Arturo Sosa SJ, en diferentes pláticas y conferencias, dentro del ámbito educativo, ha mencionado constantemente, que la fidelidad a la misión de una universidad no se puede entender de forma aislada de la sociedad. La misión de las instituciones educativas se concibe como proyecto de transformación social que, están en constante movimiento hacia las periferias, se mueve hacia los márgenes de la historia humana, con la finalidad de ir al encuentro con los descartados y las descartadas por las estructuras y poderes dominantes.

Siguiendo esta idea, los temas de la hermandad, fraternidad y la amistad social que ha propuesto el papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*, en vínculo con el pacto educativo Global, no sólo es importante reflexionar del tema en el ámbito universitario sino necesario para poder generar una conciencia del ser y el que hacer de una universidad jesuita. El espíritu crítico, dialogante y constructor del Pontífice de su actual encíclica, como universidades jesuitas comprometida al servicio de la fe y promoción de la justicia, es ineludible, dejarnos tocar por su propuesta y, nos puede servir como acicate, para seguir poniendo al centro a los más desfavorecidos. Necesitamos pensar y gestar un mundo abierto, inclusivo y coherente con el evangelio en donde cuenta más la vida de personas concretas y no sólo reflexiones abstractas.

Es desde este marco de referencia que entendemos la educación de la fraternidad como viable para que la educación sea un taller donde se va ensayando las distintas formas de vidas posibles tomando en cuenta las y los desfavorecidos. Una Universidad que quiera realmente comprometerse e implicarse con su papel en el mundo, debe de tomar en cuenta los sufrimientos de personas y pueblos, debe de ser consciente de los fracasos de proyectos

humanos, debe de tomar en cuenta, tantas presiones polarizadoras de la realidad social. Además, debe de asumir una crítica al sistema individualista y neoliberal actual; sobre todo cuando este sistema, como bien menciona el Pontífice, deja sin techo, sin comida, sin agua, sin acceso al cuidado de la salud y sin servicios básicos para una calidad de vida digna.

Por otra parte, una educación de la fraternidad debe de tomar en cuenta, toda la vehemente denuncia sobre el aumento de múltiples violencias que se materializan en sistemas excluyentes, racismos, vidas que se desechan, conflictos armados, trata de personas, muros en fronteras. El Papa afirma que el amor que se extiende más allá de las fronteras tiene en su base lo que llamamos “amistad social” en cada ciudad o en cada país. No es tiempo de armarnos con fundamentalismos defensivos religiosos, más bien es tiempo de crear caminos de construcción de comunidades en los distintos niveles de la vida social.

Es por ello, que propongo exponer dos claves que debemos tomar en cuenta para poder construir una universidad de la fraternidad. La primera clave es aprender a mirar la realidad con honestidad. Nos hace falta educarnos en una mirada que no cierre los ojos ante las problemáticas del mundo herido. La segunda sería construir mapas de acogida. Construir una educación donde la hospitalidad tiene juego relevante, donde el recibimiento, la reciprocidad y las alianzas son elementos centrales para poder conspirar y construir una educación para la fraternidad. Después, terminaré con una reflexión final como estímulo para seguir cultivando una creatividad educativa en tiempos donde el mundo digitalizado está imperando desde una lógica individualizada y falta de vínculos con los demás en los escenarios pandémicos y post Covid-19.

1. Mirar la realidad con honestidad

La educación de la fraternidad nos puede enseñar a mirar la realidad con honestidad. Crear comunidad de aprendizaje en clave de fraternidad es agudizar nuestra mirada y aproximarnos a nuestro mundo de una forma realista. Tal como la hizo la 36ª Congregación General de la Compañía de Jesús:

“Por una parte, contemplamos la vibración de la juventud que busca una vida mejor, el gozo de muchos ante la belleza de la creación y las múltiples formas en las que muchos ponen sus propias cualidades al servicio de los demás. Sin embargo, también vemos que nuestro mundo enfrenta hoy múltiples carencias y desafíos. En nuestras mentes permanecen las imágenes de poblaciones humilladas, golpeadas por la violencia,

excluidas de la sociedad y marginadas. La tierra ya no soporta el peso del daño que le hemos causado los seres humanos. Nuestra misma esperanza está bajo amenaza y su lugar ha venido a ocuparlo el miedo y la rabia”².

Una mirada honesta que nos lanza a tratar de comprender las diferentes realidades que vivimos, en la búsqueda de la verdad y, sobre todo, en la necesidad de transformar las estructuras injustas, se vincula con los esfuerzos por superar la pobreza, desde el corazón del espíritu de la política, es decir, desde un amor preferencial por las y los últimos. Esta mirada cuyo horizonte está transfigurado por el amor político, nos lleva a tocar la vida de los más desfavorecidos y percibir su dignidad. Mirar y dejarnos tocar por la mirada de la realidad sufriente, es la clave para acceder al corazón de una política evangélica.

Una universidad que se inspire en la radicalidad del evangelio se propone cultivar una mirada en sus egresados, que se enfoque, no solo desde una profesión competente en sus distintas áreas de actuación, sino también desde la construcción de seres humanos sensibles al sufrimiento de la humanidad, el alumnado tiene que enfocar su mirada en los espacios deshumanizantes, con la intención de ser solidarios con los que viven en pobreza y situaciones inhumanas. Es ante ello, que debemos de exigirnos una comprensión profunda de la realidad sociopolítica en la que se encuentran nuestras universidades.

La clasificación que le otorgamos a la realidad se ha multiplicado de formas muy diversas. Hemos empleado diferentes adjetivos para poder categorizar la realidad de nuestra sociedad: marginación, desgarramiento civilizatorio, subdesarrollo, dependencia, etc. Los términos que le otorgamos a esa realidad dependen de nuestra manera de mirar nuestro entorno, sin negar necesariamente que nuestra perspectiva está condicionada por una estructura que moldea nuestra visión.

Así, la mirada que queremos cultivar desde una universidad jesuita es la que nace desde el evangelio, esto no significa algo abstracto, sino un estilo de vida que consiste en gestos concretos más que en meras palabras. De esta manera, una universidad que trata de encarnar el evangelio, en clave de fraternidad, revela su identidad desde el encuentro con los rostros doloridos y vulnerables de la gente, desde la aproximación de los espacios dolientes, y desde el acercamiento de los sufrimientos que vive nuestra casa común.

² Congregación General 36^a (CG 36), D. 1, n. 1.

Nuestra sociedad doliente, devastada y conflictiva, se encuentra cada vez más en un estado de alienación. Ha dominado o permanecido una visión alienante y heteropatriarcal. Como educación de la fraternidad debemos de tener cuidado y cuestionar de qué manera seguimos sirviendo a este sistema capital. Ya bien, nos mencionaba Ignacio Martín Baró SJ, que un modo primordial que tiene una universidad de servir al sistema es mediante a la penetración cultural, es decir, desde el impulso de emplear esquemas de comprensión, planteamientos, investigaciones, enfoques, sistemas o cualquier tipo de soluciones ajenas a nuestra realidad. Acogiendo el saber de forma a-crítica. Cuando la ciencia está prefabricada desde otra realidad ajena a la que vivimos, sin tomar en cuenta un aprendizaje situado y ponemos los problemas de nuestra sociedad en segundo plano, nuestra educación es vacía.

Una ciencia no encarnada en el corazón de los problemas sociales es una ciencia alienada. Pero, esta encarnación no se logra orientando nuestra realidad a esquemas ya establecidos. Como si las problemáticas se llevarán a moldes ya prefabricados para poderlos comprender de una mejor manera. “Es muy distinto ir a la ciencia desde nuestra realidad que ir a nuestra realidad desde la ciencia ya hecha.”³ Esta distinción cambia, radicalmente, el signo de subordinación, así, el carácter de ciencia toma otro giro, especialmente, se pregunta por ¿cuál es el fin de la ciencia?, ¿cuál es el medio?, ¿cuál es el objetivo? y, sobre todo, ¿cuál es el punto de partida. De esta manera, cambia el horizonte de nuestra mirada, que le da sentido al ser y quehacer de la investigación científica.

Para Ignacio Ellacuría SJ, la tarea central de una universidad no se puede definir en abstracto, ajena a las problemáticas que vive la sociedad: debe responder desde las circunstancias históricas.

“La forma específica con que la universidad debe ponerse al servicio inmediato de todos es dirigiendo su atención, sus esfuerzos y su funcionamiento universitario al estudio de aquellas estructuras que, por ser estructuras, condicionan para bien o para mal la vida de todos los ciudadanos. Debe analizarlas críticamente, debe contribuir universitariamente a la denuncia y destrucción de las injusticias, debe crear modelos nuevos para que la sociedad y el Estado puedan ponerlas en marcha.”⁴

Desde esta perspectiva, las universidades confiadas a la Compañía de Jesús tienen como misión incidir en el cambio de las estructuras injustas de la sociedad. Esto supone, una

³ Ignacio Martín Baró SJ (1998), *Psicología de la liberación*, Madrid: Trotta. p. 136.

⁴ Ellacuría, I, SJ. (1999). *Escritos Universitarios*, San Salvador: UCA editores. p.22

historización del ser y el hacer de la universidad misma. El eje rector de la actividad universitaria está en función de su incidencia en la realidad histórica: no puede estar volcada a los intereses subjetivos de los estudiantes, ni a la formación profesional individual, tampoco debe pertenecer a los académicos y autoridades de la institución. Mucho menos pertenece al adoctrinamiento católico. Ellacuría SJ, sostiene que “el sentido último de la universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve.”⁵

Ahora bien, las universidades tienen la tarea de cuestionarse y analizar su contexto considerando el ambiente que viven. Este contexto está subsumido por la globalización de la economía que ha impuesto un patrón, consolidando, brindando estructuras, mecanismos y prácticas enfocadas al uso exclusivo de la oferta y la demanda del mercado. La universidad, en cierta medida, se ha reducido a un espacio de mercado educativo. Universidades públicas y privadas, centros educativos o institutos tecnológicos, cada vez más son propensas a producir para el mercado y lo más delicado, se convierten ellas mismas en mercado. Este contexto vuelve urgente repensar la tarea principal y la identidad universitaria, para no reducir su misión educativa a la mera construcción de espacios de capacitación de sujetos aptos para un trabajo remunerado en el mercado laboral. Colocando lo “superior” de la educación en una simple antesala, para adaptarse al cambio acelerado de la vida laboral. Limitándose a ser un simple objeto de mercado y competencia.

Bajo este panorama, es necesario recuperar una reflexión en torno a nuestra mirada y misión como institución educativa para poder repensar su identidad, tomando en cuenta la memoria histórica de nuestras acciones y reflexiones. Pensar nuestra identidad universitaria no es elucubrar, no es un movimiento abstracto. Pensar seriamente, es preguntarnos quiénes somos y qué queremos y, esto, implica forzosamente dejarnos tocar por las problemáticas de la realidad. Pensar es detonar un encuentro con los demás, con las situaciones complejas, con las cosas no resueltas, con las relaciones que vamos forjando con el mundo y con los demás y, desde ahí, dejar que esas circunstancias nos planteen aquellos verdaderos problemas que debemos tomar en cuenta para resignificar nuestra misión universitaria.

La universidad Jesuita no es un ente estático, sino un proyecto que se gesta a partir de

⁵ *Ibíd.*, p. 50

los problemas que emergen de su realidad histórica. La potencialidad de la reflexión y posición la detona desde el contacto con el mundo abierto, dinámico y complejo. Son los problemas reales los que nos dan qué pensar y, estos, nos hacen ser lo que somos. Son los problemas mismos, los que nos despiertan para asumirlos y atenderlos. Atender los problemas que nos confrontan, no necesariamente implica perdernos en ellos, sino cargar con ellos: implica compromiso y responsabilidad, teniendo conciencia de que la realidad es una condición de posibilidades abierta, que no está determinada o programada, sino que está inacabada, para que nosotros, los actores sociales, podamos intervenir y brindar alternativas diferentes para mirar, comprendernos y habitar el mundo de una mejor manera.

Construir espacios educativos de fraternidad es forjar una conciencia sociopolítica, en donde se centra y pone la mirada a dos preguntas claves, ¿quiénes somos? y ¿a quiénes servimos? Esta conciencia no se puede entender como el acumulo de datos, organizados y jerarquizados, sino desde el devenir que surge dialécticamente de la reflexión y la praxis. La conciencia se fragua desde el movimiento dialéctico comunitario, donde la subjetividad se enfrenta con la realidad histórica y se pregunta por la construcción de cómo producir lo común y de qué manera podemos sostener un mundo habitable para todas y todos.

Forjar esa conciencia y mirar con honestidad las diferentes realidades que hay en nuestro entorno, pero, sobre todo, dejándonos tocar por las difíciles condiciones de vida de la mayoría de gente, es donde, en los espacios de aprendizaje de la fraternidad juega un papel importante, pues esta educación asume una reconciliación como misión esperanzadora. Es decir, somos impulsados a la reconciliación, nos sentimos invitados e invitadas a curar las heridas personales, a estimular un pensamiento para crear nuevos caminos donde se pueda producir bienes, a incitar con mayor fuerza las economías solidarias, a seguir manteniendo modelos de consumo que respeten el equilibrio ecológico.

Arturo Sosa SJ, en su conferencia: *“La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado”* nos dice que:

El servicio a la reconciliación comienza con la comprensión del mundo en el que vivimos y que tenemos como hogar. Igualmente, la labor del educador, y en particular de nuestras instituciones educativas, es la de ayudar a las jóvenes generaciones a situarse ante el mundo y ante Dios para que puedan proyectar su desarrollo personal y social, contribuyendo a la construcción de un mundo mejor. Esta necesidad de comprender a fondo nuestro mundo para poder ofrecer el mayor y el mejor servicio a

la gloria de Dios es la razón por la cual entendemos nuestra misión como apostolado intelectual. Nuestro deseo es entender el ser humano y el mundo, en su complejidad, para que el ser humano pueda configurar el mundo de un modo más compasivo y por tanto más divino.⁶

Esto quiere decir, que en el fondo la reconciliación y la justicia van de la mano. Es decir, son una única misión. Pues la reconciliación demanda que la justicia esté presente. De esta manera, la búsqueda de la justicia social y la generación de una cultura de diálogo entre las culturas y las religiones integra, de alguna manera, cierta parte de este servicio a la reconciliación entre los seres humanos, de éstos con la creación y de la humanidad con Dios. La construcción de una nueva manera de estar en el mundo, para hacer de este mundo un espacio fraterno, para la vida en común, desde y con la paz de todos los seres humanos, es el reto que tienen las universidades jesuitas.

2. Construir mapas de acogida

La filósofa Marina Garcés ha publicado un libro recientemente, enfocado a la educación. El libro se llama *Escuela de aprendices*, ella plantea que la educación es el sustrato de la convivencia. La educación es un taller donde se va ensayando las distintas formas de vidas posibles. Marina Garcés, propulsora del proyecto de pensamiento colectivo Espai en Blac, nos dice que cada vez nos encontramos sumergidos en una educación extractivista, se extrae nuestra vida desde el rendimiento y la prisa, como si las cosas existieran para ser rebasadas.

Este sistema educativo, nos arrebató la vida al estar haciendo algo, pero esa rapidez indica solamente una educación mínima, el impulso emancipador que tiene el aprendizaje queda simplificado a una técnica competitiva que va sofocando el sentido y la fuerza de nuestra libertad, donde nos vamos limitando al acomodo de una servidumbre adaptativa. En un contexto, donde el profesor, o profesora, no sólo tiene que dar clases, sino que tiene que producir, mínimo, diez artículos al año, ir y crear coloquios, presentar proyectos de investigación, hacer informes, papeleo, gestión, sentarse en su escritorio para contestar correos, buscar financiamiento, asistir a reuniones, figurar en comités etc., el aprendizaje se acota a una simple gestión de nuestro comportamiento en cada actividad y lugar en el que

⁶ Congreso Internacional de delegados de educación de la Compañía de Jesús JESEDU-Rio2017. En Río de Janeiro, Brasil, 20 de octubre de 2017

asistimos. La administración, organización y la gestión del aprendizaje, tiene el mismo criterio: hacer los procedimientos más eficaces y adaptables a todo tipo de tareas. Los docentes, por tanto, vamos construyendo una virtud adaptativa a la velocidad y a la prisa, combinando aspectos, estratégicos y motivacionales.

Bajo este contexto, la educación en una universidad no puede seguir perfilando un sistema que moldea sujetos para adaptarse a la sociedad. Más bien, la educación es un oficio y como cualquier oficio, se trasmite, se comparte y se transforma. Más que una técnica, es el arte de dar forma y sentido a la existencia y esto se logra, a través de los aprendizajes que compartimos y que entretejemos desde un mundo abierto, dinámico y siempre transformable. Así la educación es el conjunto de relaciones posibles, pero estas posibilidades tratan de acoger la existencia de todos y de todas. La educación de la fraternidad va en esta misma tónica, de saberse como un conjunto de prácticas que van definiendo, o perfilando la manera de acoger la existencia.

La educación es un proceso continuo, vital, es un recorrido que tenemos que asumir en cualquier etapa de nuestra vida. Hablar de una universidad de la fraternidad es aprender hablar desde la posición de aprendiz. Esta posición de aprendiz es la que pone en énfasis las relaciones que el propio aprendizaje nos abre hacia los otros y otras y, a la vez, hacia el mundo que compartimos. Poner el foco en la figura del aprendiz obliga a girar la pregunta, ya no se trata de elaborar modelos innovadores, políticas y métodos educativos, más bien, lo relevante son las relaciones de aprendizaje que se establecen bajo una alianza tanto en la institución formal como en la mutua convivencia. Pues lo central en el aprendizaje desde la perspectiva del aprendiz, se ensaya bajo las formas en las que como sociedad estamos dispuestos a convivir.

Bajo esta propuesta que marca la filósofa Garcés, se inserta muy bien una educación que pone en primer plano la posibilidad de construir mapas de acogida. ¿Qué queremos saber? ¿De quién o con quién podemos aprender lo esencial para vivir mejor? ¿Qué hábitos, valores y maneras de vivir queremos transmitir? ¿A quién y para qué podemos llegar a saber tantas cosas y en cambio no aprendemos lo que más necesitamos aprender? Estas son algunas preguntas que se necesitan estar en la reflexión de espacios educativos que le apuesten por la fraternidad, poner las preguntas en el centro para debatirlas en lo común, desde un punto de

vista, digamos antijerárquico, esto implica, de cierta manera, no delegar continuamente la educación en manos de académicos expertos que deben y pueden guiar nuestras trayectorias de vida, nuestros caminos para forjar nuestro sentido comunitario y sobre todo nuestros futuros. Se trata de todo lo contrario: es cuestión de comprender que toda educación inicia desde una alianza y de una reciprocidad. Y, abdicar la concepción de la educación como el lugar de reproducción de la autoridad.

De lo que se trata en la educación en clave de fraternidad es de acoger la existencia y desde ese recogimiento se pueda tener una experiencia de lo común. Existir es desajustarnos, pero este desajuste de la existencia es el espacio de los posibles. Ante esta afirmación cabe la pregunta *¿Cómo nos relacionamos con las posibilidades que somos?*⁷ Debajo de esta pregunta se entiende la educación como materia prima que potencializa el poder ser. Educar es la posibilidad de acceder conscientemente a las posibilidades de vida. “Y aprender, ya sea una ciencia, un hábito o una técnica, es para el aprendiz establecer algún tipo de relación nueva con el entorno que podría ser o no ser, darse o no darse. Todo aprendizaje podría no haberse hecho y modifica el mapa de los posibles que se abren o se cierran a partir de ahí.”⁸

En esta misma línea, el papa Francisco quiere recordar con el acontecimiento del 14 de mayo de 2020, centrado en la necesidad de reconstruir el pacto educativo global, la idea de que:

“Todo cambio, como el de época que estamos viviendo, pide un camino educativo, la constitución de una *aldea de la educación* que cree una red de relaciones humanas y abiertas. Dicha aldea debe poner a la persona en el centro, favorecer la creatividad y la responsabilidad para unos proyectos de larga duración y formar personas disponibles para ponerse al servicio de la comunidad. Por tanto, es necesario un concepto de educación que abrace la amplia gama de experiencias de vida y de procesos de aprendizaje y que consienta a los jóvenes desarrollar su personalidad de manera individual y colectiva. La educación no termina en las aulas de las escuelas o de las universidades, sino que se afirma principalmente respetando y reforzando el derecho primario de la familia a educar, y el derecho de las Iglesias y de los entes sociales a sostener y colaborar con las familias en la educación de los hijos.”⁹

Con base en esto, la educación de la fraternidad no es el que ofrece un solo camino,

⁷ Marina Garcés (2020), *Escuela de aprendices*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p.51

⁸ *Ibíd.* p.51.

⁹ Discurso del papa Francisco a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante La Santa Sede con motivo de las felicitaciones del año nuevo, 9 de enero de 2020

sino que reparte opciones de vida, que se van ampliando o se restringen dependiendo de la movilidad social de cada momento, además, radican a partir del contexto sociohistórico y de la codificación de expectativas que se van generando en el entorno. Hay que tener en cuenta que la nueva identidad que va forjando nuestro ambiente, está basado en la explotación de vernos como recurso potencial. Así, poco a poco, acogemos nuestra existencia desde los parámetros de detectar, gestionar y sobre todo promover el potencial de cada uno de nosotros, con el fin de que podamos gestionarlo por nosotros mismos y podamos conseguir el máximo rendimiento. Fácilmente podemos identificarnos como clasificables, cuantificables y evaluables en función del sistema de categorías que nos marca las competencias. “El sistema educativo y sus diversas ramificaciones laborales, económicas y sociales exigen que, sea cual sea el potencial de cada uno, mantenga en todos los casos el mismo comportamiento: aumentar.”¹⁰

Esto nos ha llevado a construir un mercado educativo y laboral en condiciones frágiles y precarias bajo las cuales, vamos experimentando drásticamente, rupturas afectivas, trastornos mentales, agotamiento laboral, ausencia de sentido y pérdida de vínculos estables. En la escuela de aprendices aprendemos desde mapas de acogida. Es una estancia de hospitalidad, de reciprocidad, donde se acoge la existencia y donde se construye la imaginación para construir entornos habitables. Siguiendo al pedagogo Fernand Delingny, Marina Garcés quiere tomar distancia de la práctica educativa como una serie de prescripciones en forma de “*tener que hacer*”, no es una imposición de un saber hacer las cosas, sino que en la escuela de aprendices se desarrolla “un conjunto abierto de infinitivos: trazar, errar, ornar, urdir, crear.”¹¹ Los maestros lo son por lo que saben, pero, sobre todo, son docentes porque hacen posible ese saber abriendo la puerta de la propia vida.

Acoger la existencia desde una permanencia que se hace cercana sin imputar, sin trasgredir, que permite el encuentro, en la universidad de la fraternidad se hace, se siente, se piensa y se actúa sin someter los aprendizajes de vida a resultados preestablecidos. La capacidad de acogida está en el acompañamiento, donde se vive errando y trazando geografías compartidas, en las que los otros y otras juegan un papel importante en el aprender. Así, la educación es una invitación constante a recordarnos que lo valioso es pensar en

¹⁰ Marina Garcés (2020), *Escuela de aprendices*, op cit. p. 53.

¹¹ *Ibíd* 58.

conjunto. La educación de la fraternidad es donde se pone en función la imaginación que permite pensar los conflictos y las alianzas que se puedan generar para poder abrir la pregunta de cómo queremos ser educados, dentro, fuera y a través del sistema escolar.

Bajo en esta misma dirección, el papa Francisco propone a través de su Mensaje comprometernos en un pacto educativo global. No propone una acción educativa, tampoco invita a desarrollar un programa, sino que se concentra en un pacto o, como él precisa- en una alianza educativa. La elección de las palabras revela mucho el estilo con el cual el Papa nos invita a afrontar esta tarea: para hacer un pacto, de hecho, se necesitan dos o más personas diferentes que decidan comprometerse en una causa común.

De esta manera, “educar es elaborar los entornos físicos y culturales donde acoger esta vida inquieta, sus límites y sus posibilidades.”¹² El aprendizaje emancipatorio, van forjando relaciones posibles que necesitan de otros que nos muestren los caminos recorridos que ellos mismos han hecho y, nos expliquen sus presupuestos y sus límites. Es central, compartir lo que se sabe, pero al mismo tiempo es nuclear mostrar los propios límites y acompañarnos en las dudas y en la extrañeza que los otros pueden provocar al momento de compartir el conocimiento.

La elaboración de nuestra conciencia, al momento de cultivar un pensamiento propio, tiene que ver con el atrevimiento a lanzarnos a lo desconocido y no conducirnos por el tránsito de lo que ya se sabe. La emancipación es la capacidad de pensar por uno mismo, pero esto siempre es, en relación con los demás. Así, el pensar por nuestra propia cuenta, no tiene que ver con dominar nuestro destino, desde el cálculo y la estrategia. Más bien, reside en la capacidad de elaborar una conciencia, en la misma incertidumbre del no saber, donde dibuja un mundo compartido a través de la propia existencia. Desde la perspectiva del papa Francisco, el reto más importante que tiene la educación en nuestra actualidad es poder afrontar esta nueva “idolatría del yo” y encontrar las palabras adecuadas para devolver a todos la originalidad y la belleza de la vocación humana en relación con el otro. No existe un yo sin un nosotros, “juntos” es la palabra que se pone en el centro.

El acceso al conocimiento es atreverse a no saber. Pensar por nuestra propia cuenta y con los demás no es una simple ejecución mental que se nutre del conocimiento legitimado

¹² Ibíd 60.

o estandarizado que brinda la academia. Se trata de la posibilidad de ser conscientes de la relación que hacemos con el mundo. No es un procedimiento meramente intelectual, sino un equilibrio precario entre diversas capacidades. Conquistar la autonomía es sostener nuestra vida en un equilibrio frágil, pensar por uno mismo es un acto de interdependencia y de reciprocidad que, necesariamente, el individuo entra en un conflicto con las estructuras que rige una sociedad. Son los espacios de acogida que pueden forjar una subjetividad que mire la vida de forma distinta.

Nosotros, gracias al aprendizaje nos podemos implicar en la vida en diferentes niveles. Pero estos niveles no se pueden sumar, acumular, y aumentar como un conocimiento disponible y almacenador de datos. Más bien, interactúan entre sí y, de alguna manera, van transformando su funcionamiento. Esto quiere decir, que el objetivo que tiene la emancipación no es llegar a un lugar, como clímax, para poder pensar por uno mismo, sino que es una praxis continua transformativa. Esta praxis, va a transgredir los límites de nuestro conocimiento y pone en cuestión los patrones que marca el sistema de aprendizaje, para después abrir, un conocimiento que siempre está en constante transformación.

El famoso aprender a aprender, que la nueva pedagogía acoge como timón para navegar en el ámbito educativo, Marina Garcés, lo pone en tela de juicio, pues, para ella, “tiene que ver con la organización y la gestión del aprendizaje en cualquier contexto y siempre con el mismo criterio: hacer los procedimientos más eficaces y adaptables a todo tipo de tareas y requerimientos.”¹³ De esta manera, la idea que se desprende de aprender a aprender se va a traducir en la capacidad que tenemos como individuos para tener éxito en un entorno que está cambiando. Esto implica adaptarnos en un ambiente cambiante, identificando y controlando procesos que nos brinden seguridad para ajustarnos al mercado laboral. Es, por tanto, una virtud adaptativa que ofrece estrategias y habilidades para enfrentarnos a problemas que se tiene que resolver en un entorno competitivo. Es desde este contexto, que la educación de la fraternidad debe de enfrentar y ser conscientes lo que implica esta educación adaptativa, para no reducir la educación hacia la adaptación y el encaje perfecto de la lógica que propone la sociedad.

Un aprendizaje vacío de contenidos orientado a la estrategia de comentar y gestionar

¹³ *Ibíd.* P.101

la propia vida es un adiestramiento. Saber no implica una dominación del campo de conocimiento ni mucho menos significa controlar y manipular un ejercicio impecable para poder ejecutar unas capacidades específicas. “La conciencia no puede ser reducida ni a un conocimiento catalogable ni a un comportamiento verificable. Pensar por uno mismo es una actividad que parte de una interrogación en los límites del saber. Para aprender a pensar, por lo tanto, hay que aprender a no saber.”¹⁴Una educación emancipatoria, pone atención y analiza las circunstancias para no colaborar con la servidumbre ni legitimarla, manteniendo abierta la desproporción entre el conocimiento y la ignorancia.

Lo que nos hace sujetos serviles es la construcción del olvido. Nos hemos olvidado la posibilidad de una libertad que genere un vínculo entre iguales. Nos cuesta trabajo recordar aquellas situaciones que mantienen las opresiones, para poder posibilitar otras realidades más justas. Para Marina Garcés, la educación se ha convertido en una máquina de generar servidumbre adaptativa. El modelo educativo de hoy ha evolucionado, junto con la mutación del capitalismo, desde una perspectiva que tiende a homogeneizar, hacia una educación extractiva. El aprendizaje inscribe su actividad en el tiempo y espacio de un contexto. La educación de la fraternidad tiene otra lógica diferente, más bien, la fraternidad en la educación, cómo indica José María Vigil, alumno y amigo, es un horizonte de resistencia.

“La fraternidad es renuncia de todo lo que individualmente tenemos y somos, a favor de lo que podemos ser juntos. El mencionado “culto a uno mismo” es el resultado de una espiritualidad capitalista que todavía cree en la sustancia griega, en el engaño de que cada cosa existe, por su cuenta, cuando la realidad del ser es que es, como dice Panikkar, inter-ser. No hay tal cosa como una realidad última más allá de la vida, sino que vivir en el amor es el más allá de una vida donde nos encontramos separados los unos de los otros. Ante un mundo que nos niega, que nos aplasta, que busca replegarnos sobre nuestro propio sufrimiento, encerrándonos en él, volviéndonos a través del temor, los unos contra los otros, es entonces que un espíritu fraterno se despierta en nuestros corazones, la dignidad en el rostro de nuestros hermanos y hermanas inspira un grito para negar al mundo que nos niega. Una vulnerabilidad humana que se presenta como horizonte, un corazón hospitalario que escucha la palabra del otro, una fraternidad humana sedienta de justicia, que es luz rebelde, en un mundo que conocerá su transformación, bajo la promesa del amor.”¹⁵

¹⁴ Ibíd p. 104

¹⁵ José María Vigil-Escalera Loredo. *La fraternidad como horizonte de resistencia*. 9 de noviembre de 2020, en el conversatorio de la encíclica de *Fratelli tutti* en la Universidad Iberoamericana de Puebla, México.

Reflexión final

Entrelazando estas dos claves que acabamos de reflexionar, tanto de mirar la realidad con honestidad y crear espacios de acogida, es sumamente complejo articularlas en un mundo digitalizado. Hoy más que nunca, el internet y las redes sociales están alterando radicalmente nuestras relaciones humanas, se han estado modificando nuestros deseos y se han ido trasformando nuestra manera de entendernos quiénes somos y el por qué y el para qué vivir. En síntesis, el mundo digitalizado a afectando nuestras diferentes capacidades humanas, como la memoria, la creatividad o la capacidad de concentración e introspección.

No queremos negar el hecho que la web ofrece grandes oportunidades para la construcción de un mundo mejor, pero tampoco debemos subestimar su no-neutralidad, y por lo tanto, necesitamos, considerar, tanto sus límites intrínsecos, así como sus posibilidades: la tecnología “de hecho suele ser incapaz de ver el misterio de las múltiples relaciones que existen entre las cosas, y por eso a veces resuelve un problema creando otros.”¹⁶ Es más, la lógica de la tecnología digital potencializa la actividad acelerada y petrifica la capacidad misma para actuar siendo conscientes del sentido de nuestros actos. Estamos encerrados en el aparato digestivo de su fuerza y nos devora la oferta seductora de obtener lo que deseamos de forma inmediata. Al momento de experimentar, cada día con más fuerza, su dinamismo voraz de demandas nos provoca una sensación de nunca estar satisfecho con nada.

Así, vamos celebrando la novedad y añoramos un mundo hecho de primicias, que nos ofrezca algo atractivo para nuestra existencia. Queremos comprar lo que en nuestra sociedad no ha producido. Esperamos ansiosamente la nueva versión de un dispositivo luminoso. La sociedad nos quiere vender aquello que no se ha inventado. El consumo desmesurado de intensidades nos hace creer que estamos en movimiento. Vamos avanzando aceleradamente a una tierra desconocida. Lo importante es sentirnos que estamos en constante cambio, vivimos en una dinámica apresurada por querer ser los primeros en probar las mieles de la innovación.

Nuestras acciones, al anclarse en un único modo de comportamiento, se han paralizado por el cálculo anticipado y por la administración de nuestra existencia al servicio de la estrategia, de la competencia, de lo útil y de la simulación de dominio. Esta comprensión nos

¹⁶ (Laudato sí', n. 20).

convierte en sujetos estacionarios. Ante la pandemia y el encierro que unos cuantos pueden hacer, y la evidencia de un mundo frágil, nos damos cuenta de que somos sedentarios, ávidos de algo diferente, pensamos que nos dirigimos hacia un futuro que nos promete un nuevo comienzo, donde el progreso de nuestra humanidad sólo es ilusorio, estamos estancados en la necesidad de que algo nuevo nos pase en la vida. Pero este mecanismo en el que nos encontramos sujetos, lo único que produce es una parálisis vertiginosa. Existe una apariencia de que estamos en movimiento, recreando la vida, pero estamos ajetreadamente dando vueltas en un lugar que se mantiene inmóvil. Esta dinámica en la que nos encontramos nos demanda que seamos creativos, pero al mismo tiempo pone ciertas dificultades para dejarnos conducir por la creatividad. Es en esta demanda que la sociedad impone, que debe de dar frente la universalidad de la fraternidad y resignificar la creatividad.

Sabemos de ante mano que, la mayoría de las veces, la creatividad se desarrolla, porque de alguna manera, es algo que nosotros buscamos. Pero no es el resultado de una acción calculada e intencionada. No buscamos algo objetivable que podamos alcanzar con nuestras acciones planificadas sino más bien nuestra búsqueda tiene que ver con la capacidad de entrar en una tierra desconocida. En este sentido, la creatividad es un acontecimiento imponderable. Es un resultado inesperado más que una decisión estratégica. No existe una estrategia cualificada que asegure el acontecimiento de la creatividad. Si lo que acontece siempre es un acontecimiento que produce novedad, esta no se puede enmarcar en las acciones intencionadas. Quizá es posible prevenir o tomar en cuenta algunas condiciones que puedan contribuir a un incremento del acontecer creativo, pero estos condicionamientos no pueden estar sometidos a leyes que puedan dar muestra del surgimiento de lo novedoso.

En pocas palabras, la creatividad planificada es hueca. Lo nuevo siempre va a diferir de lo programado o intencionado. La creatividad genera sorpresa y difícilmente puede descansar en el mundo de la producción. No es un recurso que tenemos que despertar y ajustar en un ensamble apropiado para que pueda reproducirse en serie. La creatividad no puede ser ensamblada en maquinarias programadas desde un orden intencionado. No está sujeta a la operatividad binaria que nos pueda brindar la novedad de una forma segura y precisa.

Ante este contexto, es de suma importancia, en una universalidad de la fraternidad, acoger la pregunta dialéctica que desarrolla el filósofo alemán, Hans-Georg Gadamer, para

quien la clave está en sospechar aquello que dices que sabes. Es fundamental cuestionar nuestra manera de saber. Se requiere abrir espacio para plantear nuevas preguntas. Para que la creatividad florezca es necesario cultivar y compartir en un diálogo fructífero la sospecha interna. Si bien, es necesario tener tiempo a solas para poder pensar, nuestro pensamiento no puede anquilosarse bajo el solipsismo. Para que el pensamiento sea creativo, necesita de una resonancia y disonancia, requiere de un diálogo sincero y pausado. Pero este diálogo no es nada más un intercambio de ideas. No se trata de imponer verdades o dominar el pensamiento. La captación creativa está en el horizonte de nuestras preguntas. Estas preguntas se potencializan en el arte de dejarnos llevar por una conversación. En ese juego dialéctico que tiene la conversación “el preguntar es más un padecer que un hacer. La pregunta se impone; llega un momento en que ya no se le puede seguir eludiendo ni permanecer en la opinión acostumbrada.”¹⁷ Para que la dialéctica del preguntar pueda ponerse de pie necesita del contacto con lo otro.

En estos tiempos virtuales, en el ámbito educativo es un gran reto cultivar conversaciones que se puedan sostener en la dialéctica del preguntar. No solo se trata de que nuestras conexiones se adecúen al ambiente digital y al descubrimiento de nuevas maneras de conectarse por medio de plataformas digitales, sino que es imprescindible saber estar en vínculo con lo otro, es necesario el darse e interactuar en un mundo. La mayoría, de alguna manera, estamos conectados digitalmente, pero falta la cercanía física, la comunidad palpable físicamente. Tengo la sensación de que poco a poco vamos desplazando el estar en contacto por estar conectados. Para aclarar esta idea, necesitamos pensar su diferenciación. No es lo mismo, una sociedad conectada a una sociedad cuyos integrantes están en contacto. El estar conectados es el estar disponible, estar en línea. Esto quiere decir, que esté al alcance del otro en cualquier momento del día. Pero este alcance no significa el destierro del aislamiento y tampoco garantiza que pueda existir una escucha, un encuentro y un vínculo en donde pueda darse la dialéctica del preguntar gadameriana.

La tecnología nos ha ayudado a conectarnos en una red que nos permita tener noticias del mundo y que el mundo tenga alguna noticia nuestra, pero esto no garantiza que exista un entrelazamiento con los demás. Quien está en contacto entrelaza su vida con el mundo y con

¹⁷ Gadamer (2012), *Verdad y Método*, Volumen I, Salamanca, Sígueme, p 444.

la vida de los otros. Estar en contacto, significa sentir otra vida, que lo otro nos pueda tocar, que nos afecte, es en esta cercanía que me entrelazo. La palabra contacto se compone de los siguientes términos latinos: el prefijo de unión “cum” y “tactus”, acción y efecto del verbo “tangere” que significa “entregar”. Esto quiere decir que quien está en contacto *da algo de sí mismo*. Es así, que la universidad de la fraternidad siempre está en disposición para dar algo, se da y se recibe algo. Sin embargo, la comunicación digital es una conexión extensiva, esa comunicación en lugar de *dar algo de sí* entre el entrelazamiento con lo otro, se limita a establecer conexiones de información.

Así, envueltos desde este mundo virtual, por un lado, sentimos que podemos acceder a todos los rincones del planeta tierra, mientras que, por el otro, existe una tendencia a contribuir a la “globalización de la indiferencia, que poco a poco nos “habitúa” al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos.”¹⁸ En pocas palabras, no podemos dejar a la ingeniería tecnocientífica el don de la creatividad. Nosotros ingeniamos técnicas asombrosas para utilizarlas y ponerlas al servicio de esta auto creación llamada vida. Sin embargo, una tecnología no podrá recrear la vida. Esto quiere decir que la vida se gesta así misma y nada puede sustituir a esa capacidad de hacer nacer. La vida es la única que sabe parir desde sus entrañas. Una tecnología no recrea vida. Quien reproduce la vida es la capacidad de mirar la realidad con honestidad y desde ahí crear esos espacios de acogida, donde se pueda entrelazar la vida, y tener la certeza de que nuestro mundo puede cambiar.

En conclusión, una universidad desde la fraternidad está llamada, por tanto, a crear. Impulsando esa capacidad creativa que vaya marcando camino y mostrando futuros posibles donde podamos habitar los seres humanos desde el cuidado y la dignidad. Es a través de la memoria colectiva que nace desde la mirada honesta y compasiva de la realidad que se entreteje con la imaginación que brinda los espacios de acogida, de hospitalidad, de reciprocidad y de alianza en donde podemos proyectar futuros a partir de cómo recordamos la historia en el presente. Es desde una memoria colectiva, que vamos narrando a través de la imaginación y que brinda alternativas para bosquejar nuevos caminos por andar.

¹⁸ Mensaje del papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2014.

Bibliografía

Encíclicas del papa Francisco: *Laudato sí* y *Fratelli tutti*.

Gadamer (2012), *Verdad y Método*, Volumen I, Salamanca, Sígueme.

José María Vigil-Escalera Loredo (2020). *La fraternidad como horizonte de resistencia*. 9 de noviembre de 2020, en el conversatorio de la encíclica de *Fratelli tutti* en la Universidad Iberoamericana de Puebla, México.

Marina Garcés (2020), *Escuela de aprendices*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Discurso del papa Francisco a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante La Santa Sede con motivo de las felicitaciones del año nuevo, 9 de enero de 2020

Conferencia de Arturo Sosa SJ en el Congreso Internacional de Delegados de Educación de la Compañía de Jesús JESEDU-Rio2017. En Río de Janeiro, Brasil, 20 de octubre de 2017

Ignacio Martín Baró SJ (1998), *Psicología de la liberación*, Madrid: Trotta.

Ellacuría, I, SJ. (1999). *Escritos Universitarios*, San Salvador: UCA editores.

Mensaje del papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2014.